

José Luis RAMÍREZ SÁDABA, *Badajoz antes de la ciudad. El territorio y su población durante la Edad Antigua* (Colección Documentos para la Historia de Badajoz y su Alfoz 5), Badajoz, Departamento de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, 2013, 224 pp. ISBN: 978-84-77962-35-9.

Este libro, obra recientísima de José Luis Ramírez Sádaba, se basa en un pequeño corpus que recoge las inscripciones latinas del alfoz de Badajoz, y tiene por objetivo hacer la historia de lo que había en Badajoz antes de su fundación. Su gran importancia ya ha sido subrayada en el «Prólogo a un libro muy necesario» de F. Valdés Fernández y, en efecto, nada más empezar la lectura, se derrumban dos falsas creencias relacionadas con el pasado más lejano de la ciudad. La primera concierne a su pretendido origen pre islámico, que sin embargo se basa en la inadecuada interpretación de las fuentes literarias árabes, según queda demostrado en el mismo Prólogo; la segunda afecta a la existencia, en la cima del Cerro de la Muela, de una ciudad romana de cierta relevancia, tal como fue defendido por autorizados humanistas, según los cuales la *Pax Augusta* mencionada en Estrabón, por corrupción árabe, habría derivado en «Badajoz». Sin embargo, en el primer capítulo introductorio al catálogo epigráfico, titulado «El nombre», el autor nos explica que todo se debe a un error del antiguo geógrafo, quien transmitió *Pax Augusta* por *Pax Iulia* —que es la moderna Beja, en Portugal— y hace un resumen de la historia de la errónea identificación de Badajoz con *Pax Augusta* en las fuentes eruditas del siglo XV al XX.

Como se argumenta en el segundo capítulo, titulado «El alfoz de Ba alyaws», los mismos *realia* arqueológicos comprueban que allí donde hoy día se levanta Badajoz no hubo una ciudad romana *sensu stricto*. Se llega así a la conclusión de que ni *Pax Augusta* jamás existió, ni ésta jamás fue Badajoz. Digamos que es algo insólito el papel

que le toca jugar a este libro promovido por la Diputación Provincial de Badajoz, pues su fin no es celebrar la romanidad de la ciudad objeto del estudio, sino más bien reafirmar y fundamentar el hecho opuesto, y por eso es aun más digno de atención y crédito. Esto a la vez nos explica la vaguedad y al mismo tiempo la exactitud del título, que, correctamente pues, no hace referencia a un Badajoz romano, sino en término más general «al territorio y a su población durante la Edad Antigua», es decir «antes de la ciudad» (de fundación árabe, como hemos visto). Dicho territorio es el ya mencionado «alfoz» que, según nos explica el autor en el segundo capítulo del libro, en edad romana fue parte de la *pertica Emeritensis* —el *ager* asignado en jurisdicción a *Augusta Emerita*— y en época islámica quizá debió alcanzar los mismos términos concedidos a la ciudad en el momento de establecer sus límites territoriales tras la Reconquista. Ahora bien, en este espacio, está atestiguada la existencia de algunas villas de época romana, como «La Cocosa», la de Torre Águila o de Torrebaja, e incluso el autor sugiere que el mismo nombre *Batalyaws*, del que procede el topónimo moderno, pueda haber derivado de un antiguo propietario de un *fundus* de origen hispano-romano, por ejemplo *Battalus* a través de la forma derivada *Batalius* o *Batalianus*. Así, en este nuevo corpus, Ramírez Sádaba presenta al lector unas 70 inscripciones, fechadas entre la primera mitad del siglo I d.C. y el año 662, entre las cuales se cuentan una docena procedentes de la ciudad de Badajoz, todas desprovistas de contexto arqueológico, que precisamente representan el principal argumento al que los partidarios de *Pax Augusta*

tradicionalmente han recurrido para demostrar el origen romano de la misma. El estudio general del material, en vez de ir a continuación del corpus, como suele acontecer, lo precede. Esta disposición tiene la ventaja de presentar previamente en un contexto interpretativo unitario los documentos del catálogo e introducir así al lector en la crítica de las fuentes epigráficas recopiladas. Constituye este el tercer capítulo del libro, titulado «La población hispano-romana», en el que, mediante la sub-articulación en párrafos, se presentan datos de carácter antropológico, social, onomástico, lingüístico y cultural, sin descuidar la prosecución del poblamiento del alfoz en edad cristiana y visigoda. El trabajo de lectura e interpretación de los materiales recogidos demuestra, como era de esperar, sistematicidad y conocimiento de causa. El estilo sintético que, a menudo (y también en este caso), distingue los escritos de Ramírez Sádaba, frecuentemente acompañados por tablas sinópticas bien formuladas, no impide la exhaustividad de las informaciones proporcionadas; más bien al contrario, favorece su vehiculación y comprensión. Así se delinea en pocas páginas la imagen de un territorio, el del alfoz de lo que sería Badajoz, caracterizado por las huellas evidentes de la romanización progresiva de la población lusitana pre-existente a la llegada de los Romanos. El autor pone en evidencia, por ejemplo, la comparecencia, entre sus materiales, de antropónimos indígenas así como romanos/itálicos y finalmente mixtos, testimonios del proceso de integración que se establece entre el substrato local y los dominadores; a ello se añade la inmigración oriental, atestiguada por una presunta placa funeraria con inscripción en lengua griega (n. 52). El autor se ha dedicado también a identificar las áreas de Italia donde más extendidos son los gentilicios de los individuos nominados en sus inscripciones, indicio probable de la procedencia originaria de estas *gentes*. Esta

búsqueda es particularmente apreciable, pues es sabido que la antigüedad de poblamiento de Lusitania por parte de centro-itálicos ha sido considerada como el fundamento de los rasgos lingüísticos «arcaicos» verificables en el latín de las inscripciones de esta provincia (cfr., entre otros: A. Carnoy, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*, Bruxelles, 1906², en partic. p. 80; E. Sánchez Salor, «El latín de Extremadura a partir de las inscripciones», *Anuario de Estudios Filológicos*, 11, 1988, pp. 371-387, en partic. 376-381 y, recientemente: J.N. Adams, *The Regional Diversification of Latin. 200 BC - AD 600*, Cambridge, 2007, en partic. pp. 372-402). Interesante es la observación del autor sobre la distribución de las familias en el *ager* de *Augusta Emerita*, que refleja la misma situación que en el centro ciudadano. Lo mismo ocurre en el ámbito religioso, ya que tanto en el *ager* como en la ciudad son honradas las divinidades tradicionales del panteón romano y además algunas mistericas (cfr. Isis en la inscripción nr. 55) mientras que, singularmente, no está atestiguada ninguna divinidad indígena o algún caso de *interpretatio*. Los objetos referidos a la cultura material —algunos de cierto interés, como una sortija de oro con camafeo de ágata azulada, un anillo y un mango de pátera bronceos, los tres con inscripción cristiana (nrr. 15, 16 y 29)— igualmente corroboran un estilo de vida adecuado al modelo dominante, y por otra parte el análisis lingüístico de los textos revela un buen conocimiento y uso de la lengua latina. En suma, quizá lo que más sorprende de la panorámica ofrecida en este capítulo introductor sea la vitalidad de este rincón «campestre» de la *pertica Emeritensis*, donde por un lado se atestigua una gran movilidad social, y por el otro un *modus vivendi* de nivel medio-alto, también comprobado por la presencia de monumentos en mármoles de importación (otro indicio de voluntad emuladora de la ciudad, según

el autor). Finalmente muy interesante es la propuesta formulada de que el mismo nombre de *Ibn Marivān*, el fundador islámico del asentamiento en la cima del cerro en el año 875 (ese sí, el del futuro Badajoz), y de sabido origen hispano-romano, podría haber derivado de una corrupción árabe del antropónimo romano/latinizado *Maroanus*, justamente atestiguado como hápax para el mundo romano en este corpus de inscripciones (nr. 27).

En el cuarto capítulo («Mapas») se recogen unos mapas muy útiles a los que se hace referencia en los precedentes. Su ubicación en el medio del libro, justo antes del catálogo de las inscripciones, agiliza la consulta del mismo, pues los documentos epigráficos son presentados según una lógica geográfica, que parece recorrer el alfoz procediendo por fajas horizontales, del Norte hacia al Sur y de Oeste a Este. Si es cierto que esta disposición despista un poco al lector, pues los criterios de organización no se explican en ninguna parte en el libro. Llegamos de hecho concretamente al corpus, el centro de esta obra, sin ser introducidos por ninguna premisa metodológica. No obstante, se advierte en seguida la pauta del autorizadísimo modelo del *CIL*, de cuyo equipo forma parte el autor. Las «inscripciones utilizadas» para sacar los datos de carácter histórico-social presentados en el tercer capítulo están recogidas en el quinto («Apéndice 1»), que comprende 70 testimonios en total; siguen dos «inscripciones dudosas» en el sexto capítulo («Apéndice 2»), y finalmente se le agradece de forma particular al autor el hecho de haber dedicado espacio a tratar sobre las «inscripciones falsas» en el séptimo capítulo («Apéndice 3»), que cuenta con 18 textos en total. Todas las inscripciones están organizadas en unidades singulares y de cada una de las auténticas y dudosas se proporciona una foto, si es posible, a veces también con detalles, si el autor juzga que por alguna particularidad la ins-

cripción merezca más de una imagen (cfr. p.e., nrr. 14, 23 y 26). Tanto la secuencia de las informaciones proporcionadas por cada inscripción, como el carácter escueto de su redacción, así como la transcripción de los textos, el aparato crítico de las ediciones epigráficas, manuscritas e impresas, responden al ya mencionado modelo del *CIL*, y el resultado no puede pues ser sino de los mejores en cuanto al valor científico. Se añaden, sin embargo, dos elementos diferenciadores: la redacción en castellano y la presencia de las traducciones de los textos epigráficos también al castellano (aunque exclusivamente en la sección de las «inscripciones utilizadas»). Estos dos elementos permiten así que un trabajo de gran valor académico se haga accesible a un público interesado en el patrimonio epigráfico de Badajoz y su alfoz y, en general, a la fase, digamos, «pre-histórica» de esta ciudad. Del importante contenido, destacamos algunas piezas de particular valor, como una composición sepulcral cristiana del siglo V en versos de ritmo acentuativo, que a la vez es testimonio del conocimiento de los autores clásicos así como de Prudencio (nr. 25) y que, de nuevo, sorprende sobre todo por el hecho de encontrarse en el *ager*; un vaso globular en *TSH* con inscripción «*Bibe sí sitis*» (nr. 42), o un mosaico pavimental tardío con firma del artífice (nr. 44), testimonios de la riqueza mantenida a lo largo de los siglos en las villas de esta zona. Igualmente dignas de mención son dos sensacionales placas funerarias de mármol con molduras (un fragmento y un soporte entero) de bellas letras (nr. 11 y 37) y fechables en el siglo II d.C., las cuales responden sin duda a la misma tipología de la capital lusitana (cfr. p.e. J. L. Ramírez Sádaba, *Catálogo de las inscripciones imperiales de Augusta Emerita*, Mérida, 2003, nrr. 22, 34, 76 y 87). En efecto, es notable que en ambas inscripciones los individuos mencionados —cuyos gentilicios son de origen itálico— se mencionen explícita-

mente como ciudadanos *Emeritenses* (tanto en la nr. 11 como en la 37), haciendo constar, en una de ellas, a la vez, su adscripción a la *tribus Papiria* (en la nr. 37, donde además se menciona a una mujer *Pacensis*). A dichas placas se contraponen un grupo de estelas (nrr. 18-22) todas procedentes -pero sin contexto de hallazgo- del Cortijo Rincón de Gila, las cuales destacan por la tosquedad de la factura, aunque una de ellas (nr. 19) simula la forma triangular del tímpano, que es una de las tipologías de estelas más típicas de Mérida y su territorio (cfr. J. Edmonson, *Granite Funerary Stelae from Augusta Emerita*, Mérida, 2006, en partic. pp. 46-49). Es precisamente en este grupo, fechable en la primera mitad del siglo I, donde se hace patente en mayor o menor medida el proceso de romanización experimentado por la población indígena al que ya hemos hecho alusión y que pasa ante todo por la mimetización onomástica. Desde el punto de vista de la realización material también son llamativos otros documentos, entre los cuales cabe destacar una estela funeraria de aspecto muy irregular (nr. 2), que lleva inscrita una singular declaración de ejecución «*statuit et scripsit*» por parte de un indígena, quien, además de emplear *statuit* por el más común *posuit*, emula la onomástica romana «latinizando» sus nombres indígenas, según nos explica muy bien el autor en la p. 32. También un ara de mármol recortada longitudinalmente para obtener una, o quizá más, placas funerarias en época cristiana (nr. 14) u otra ara de mármol, en la que quedan las huellas de unos huecos, que parecen haber sido realizados anteriormente a la escritura del texto grabado, para insertar unas letras de metal (nr. 26). Asimismo, cabe señalar la presencia de otros *notabilia* epigráficos, tal como una baldosa de barro cuyo contenido se distingue por su prosaicidad: «*Cunnolingius*», que además es testimonio de una evolución lingüística de fase tardía, respecto a la forma habitual *cunnilingus* (nr.

30). A este propósito y a diferencia de otros autores dedicados a la epigrafía, hay que resaltar la competencia de Ramírez Sádaba en materia lingüística; los comentarios al respecto hacen que el lector se sienta satisfecho y revelan la experiencia adquirida a en sus largos años dedicados al estudio de los textos de las inscripciones de Mérida (cfr., entre otros, J.L. Ramírez Sádaba, «*La ortografía en las inscripciones emeritenses*», en: F. Rodríguez Adrados, coord., «*Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos*. Vol. 3: Lingüística latina», Madrid 1998, pp. 229-234). En efecto, los *tituli* del alfoz de Badajoz atestiguan a veces un lenguaje de tipo coloquial (como en la nr. 23) o bien variaciones fonéticas y sintácticas que ya se dirigen hacia el proto-romance (como en la ya mencionada placa nr. 25). Una reflexión aparte merece la ya citada sortija (nr. 15), cuya inscripción, según la interpretación aceptada por el autor y su traducción, reza: «*Salve Alipio, para mí la vida es un combate*» («*H(ave) / Alypio / lis. vita / m(ibi)*»). A pesar de lo atractiva que resulta la interpretación de *lis* como nominativo de *lis-litis*, que se insertaría en una visión metafórica de la vida terrena como un combate según la perspectiva cristiana, y que Ramírez Sádaba compara con el *carmen* cristiano nr. 25, donde en efecto aparece «*certamen*» como metáfora por «vida», cabe señalar que la tradición de este documento no es nada segura, pues únicamente se basa en un dibujo y transcripción de F. Fita, cuya capacidad imaginativa frente a los textos epigráficos es bien conocida (cfr. J. Gómez-Pantoja, «*Experto credite: el P. Fita y el anticuarismo soriano*», en: G. Mora - M. Díaz-Andreu, edd., «*La cristalización del pasado: Génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*», Málaga, 1997, pp. 197-205 y J. M. Abascal Palazón - H. Gimeno Pascual, «*Epigrafía Hispánica*. Real Academia de la Historia: Catálogo del Gabinete de Antigüeda-

des», Madrid, 2000, p. 226 nr. 408). A esto se añade que este tipo de objetos, las sortijas, forman parte de una categoría bastante singular, para la cual nunca se puede excluir el recurso a juegos de palabras y de letras, por lo que incluso no se puede descartar la conjetura de que en la tercera línea de este texto se esconda el antropónimo *Vitalis*, repartido en dos sílabas en secuencia invertida. En el anillo que sigue (nr. 16) nos parece sin motivo interpretar *vita* con el sentido metafórico de «combate» pues como el propio autor sostiene en el caso anterior, lo lógico habría sido escribir «combate» por «vida» y no al contrario; la palabra *vita*, de hecho, en contexto cristiano suele estar relacionada con Dios y la vida eterna (sobre los anillos cristianos que contienen expresiones relacionadas a la vida, cfr. H. Gimeno Pascual, «Ad hominum luxuriam facta: inscripciones de Hispania en objetos de lujo. I. Anillos de oro y plata», *Sylloge Epigraphica Barcinonensis*, X, 2012, pp. 207-227, en partic. 209-210 y nrr. 16 y 20-27). Con respecto a las interpretaciones del autor, nos parece también algo confuso definir la cruz con alfa y omega como «cruz monogramática con los signos del apocalipsis» —en la placa nr. 23 o también como «cruz monogramática con las letras del apocalipsis» en la nr. 14—, mientras que en otros lugares del catálogo la misma iconografía se interpreta como «símbolo referido a Cristo, principio y fin de todas las cosas» (cfr. p. e. nrr. 38 y 39), que es lo que realmente son. Se trata, de todos modos, de *minima* que no afectan a la calidad científica del libro, sobre todo porque, en los índices, en el apartado «Símbolos» de las inscripciones cristianas, el autor demuestra su conocimiento de los mismos al distinguir entre crismones (de las nrr. 93, 113 y 114) y cruces monogramáticas de tipo griego (de las nrr. 72 y 91). La presencia en el texto impreso de pequeños fallos tipográficos (cfr., p.e., «su puede explicar» por «se puede explicar» en la p. 19, el nombre de Badajoz con letra inicial minús-

cula en la nt. 52 de la p. 41, o las diplografías de la palabra «presenta» en la p. 116 o del apellido «Forni» en la p. 190) son otras observaciones despreciables que se pueden hacer a una obra que sobrepasa en calidad los límites que se propone. No obstante, hay que lamentar la ausencia de la parte conclusiva del texto de la ficha nr. 2 entre las inscripciones dudosas (p. 158). Por otro lado, cabe resaltar, el interés puesto para que la edición resulte atractiva al lector, mediante el pequeño formato, el recurso a colores tenues, uso de gráfico y letras bellas para la portada, y disposición clara y espaciosa del cuerpo del texto así como de las notas, de la bibliografía (Cápitulo VIII), de los índices (Cápitulo IX) y de los agradecimientos conclusivos (Cápitulo X, con el cual el libro termina). Y son precisamente los índices, muy minuciosos, los que convierten la obra en un instrumento muy útil, ya que recogen los datos no sólo geográficos de hallazgo y onomásticos, sino también sociológicos (militares, *tribus* romanas, *origines*...), culturales (divinidades paganas, santos y mártires), cronológicos, iconográficos y lingüísticos (fórmulas, abreviaturas y particularidades gramaticales). Asimismo, no faltan unas tablas de concordancias, destinadas a una más sencilla identificación de las inscripciones. Las imágenes fotográficas, aunque en blanco y negro, siempre son de óptima calidad y los mapas muy comprensibles y bien hechos. Tanto en el contenido como en la forma, pues, queda patente la larga experiencia y sabiduría del autor en materia de publicaciones epigráficas y a la vez se revela su gran capacidad en vehicular los conocimientos fruto de su investigación y el esfuerzo de inspección personal de cada una de las inscripciones dispersas en el alfoz de Badajoz. En definitiva, Ramírez Sádaba nos deja entre manos un corpus de gran utilidad muy digno de aprecio.

Silvia Tantimonaco